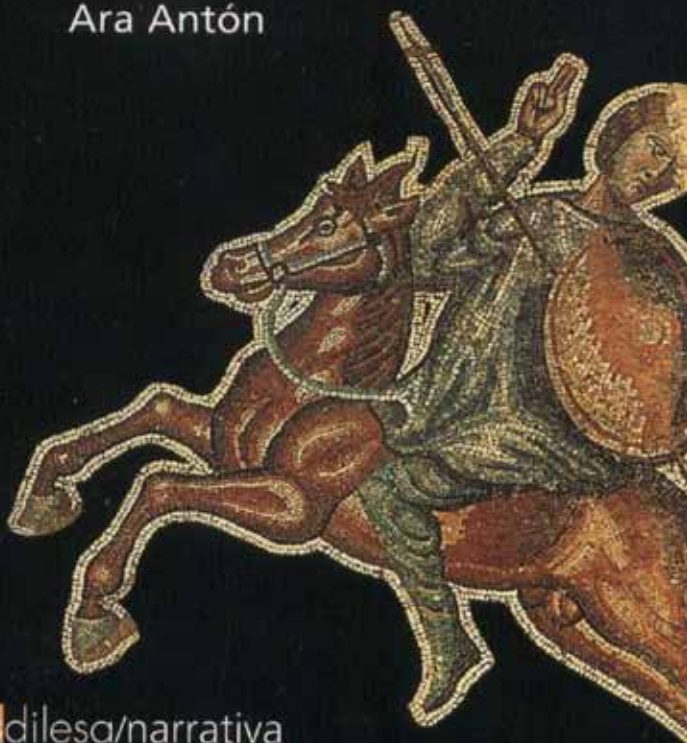



NOVELA HISTÓRICA

ASTURES

ÚLTIMO BASTIÓN
CONTRA ROMA

Ara Antón



 edilesa/narrativa

Dirección editorial:
Vicente Pastor

AraAntón

© Edilesa, 2007

Camino Cuesta Luzar, s/ n - 24010 Trobajo del Camino. León (España)
Teléfono: 987 800 905 - Fax 987 840 028

I.S.B.N.: 978-84-8012-624-3
Depósito Legal: LE-1.973-2007
Preimpresión.- LetterMAC
Impreso en España

Quedan reservados todos los derechos;
No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del titular del copyright.

... y un niño, por mandato de su padre, estando sus padres y hermanos encadenados como prisioneros. Los mató a todos apoderándose de un arma. Una mujer mató a sus compañeras de prisión. Otro que fue llamado por soldados embriagados, se lanzó a una hoguera...

... algunos prisioneros, estando clavados en cruces, todavía cantaban himnos de victoria...

ESTRABÓN

(Traducción de Eutimio Martino)

Cora, la Señora del Agua, se arrodilló junto a la fuente Naranco, nacimiento del Astura. Saltaba el líquido, triscador, llevándose la vida de las piedras en una engañosa promesa de espejo. En la base de una pequeña cascada, un remanso esmeralda permitía ver su fondo, doblando la luz que, a espaldas de la mujer, comenzaba a penetrar en la balsa. La joven, vestida con una capa verde que la hacía confundirse con el entorno, trazó, con una varita de saúco, complicados dibujos sobre las ondas, pronunciando a la vez las palabras precisas, con la cadencia adecuada, para abrir los planos de vibración energética del tiempo. Al abrigo de su sombra, unas veladas imágenes fueron tomando cuerpo. Suspiró cansada. Habría querido borrarlas, pero, una vez más, la fascinación del terrible momento la atrapó. Allí estaban, por enésima vez, la docena de mujeres sedentes, o apoyadas junto a las paredes de una estancia. Vestían túnicas romanas, pero la Señora sabía muy bien quiénes eran. Una a una, tornó a observar sus caras y de nuevo el dolor se anudó en su vientre. Hablaban entre ellas y, aunque apenas oía sus voces, sabía muy bien lo que decían. Estudiaban, con aparente frialdad, la posibilidad de su propia muerte. Una de ellas permanecía sentada con dos bebés en sus brazos, otra, de pie, mostraba un vientre abultado y, curiosamente, parecía la más enérgica y dura. Una ter-

cera, de hermosos cabellos rubios, se movía de un lado a otro, como si intentara liberarse de algún encierro invisible; en su mano derecha brillaba una daga. Alguna empezó un canto que Cora reconoció enseguida. Las demás se le unieron en estrofas, a las que la Señora sumó también su voz. Siguió entonando con ellas, cuando el puñal se clavó en el primer pecho y en el segundo y en el tercero y... Sólo quedaban la madre y los bebés, que apretaba contra sí, y la embarazada. Los cabellos rubios, que no habían parado de moverse siguiendo al puñal, se detuvieron, y lágrimas descontroladas inundaron los rasgos pálidos y demacrados. La joven de vientre deformado se adelantó y abrazándose a la mujer, que la contemplaba tras el llanto, hizo que la daga sangrante penetrara limpiamente en su pecho. El dolor apareció tras su sonrisa, en tanto las manos resbalaban por el cuerpo que se mantenía erguido.

-¿Qué haces, desgraciada? -desde la entrada, la voz se quebró antes de terminar la pregunta, en tanto los ojos recorrían los cuerpos desangrados. Pisana apenas tuvo tiempo de adelantar un paso para impedir que la joven, que la miraba desencajada, cayera al suelo.

La Señora del Agua se obligó a cerrar los párpados y con la varita signó de nuevo las aguas. Cuando volvió a mirar, cegada por las lágrimas, sus pensamientos y recuerdos, mezclados con rachas de un tiempo desconocido, tomaron la luz para, en reflejos engañosos, hacerse cuerpos y vida.

-Igual que ahora, la muerte aleteaba sobre nosotros cuando todo esto comenzó. Oímos chillar a los cuervos durante días e incluso vimos las velas alrededor del lecho del enfermo -el anciano respiraba fatigosamente, pero eso no parecía afectar demasiado a su serena expresión. Sus ojos, cargados de niebla, miraban mas allá de las piedras del Templo del Bosque-. Cártix -continuó- había llegado al

final de su andadura y esperaba, sin resistencias inútiles, el momento del tránsito. Era consciente de lo mucho que aún quedaba por hacer, pero sabía que el cuerpo que ahora habitaba no le permitiría dar los pasos necesarios para buscar la salida. Su principal misión estaba cumplida. Fue laborioso, tanto, que necesitó toda la vida para realizarla. En esos momentos sabía que nunca estuvo llamado a llegar al final. Fue recibiendo los mensajes muy despacio, deshilachados, sin orden. Al principio le parecieron juegos de su mente, demasiado atenta, quizá, al Otro Lado. Estuvo a punto de desecharlos, pero se repetían, se colaban en cualquier augurio, desorientándolo cuando intentaba hacerlos casar con la pregunta formulada. Con el tiempo se dio cuenta de que tenían un sentido y de que debía entenderlos.

Una tos seca y persistente había interrumpido las lentas palabras de Bédux, el anciano archidruida. Cora, la Señora del Agua, se apresuró a acercarle el vaso de plata en el que había bebido cada día de su larga vida. Apenas un pequeño sorbo y su voz serena volvió a flotar unos instantes sobre el fuego, para buscar luego la noche de los robles.

-Creyó ver que le avisaban del fin de una era, de nuevos señores y dioses que vendrían para acabar con nuestro mundo. Cártix miraba alrededor y no advertía nada nuevo, los clanes seguían peleándose entre sí, como siempre habían hecho, los niños continuaban naciendo, los jefes se sucedían, la sociedad marchaba bajo la atenta mirada de los druidas y hasta las cosechas llevaban varios años de bonanza. Cierto era que algunos de sus hermanos habían sucumbido ya a la invasión de extranjeros, pero de momento, parecía detenida. Mas sus sueños eran inquietos, las aves volaban describiendo extraños círculos, veía frecuentemente tres grajos juntos, el sol se había vuelto negro en dos ocasiones de forma imprevista y, aunque nadie se

dio cuenta, una noche había sentido temblar la tierra.

El anciano volvió a callar. Cora le pasó un paño húmedo por la frente. Con dulzura recomendó:

-Sería conveniente que descansaras. He mandado llamar a Dubrón. Estará aquí al amanecer. Deberías reservar tus fuerzas para orientar su camino.

-Él está preparado. Ya ha entendido que su principal misión es ahondar en el conocimiento y ayudar a los demás a buscar. Las respuestas están en el interior -casi sonrió el anciano-. Como tú sabes muy bien, basta dirigir los ojos hacia lo que deseas ver para que te sea mostrado. Mi sucesor deberá hallar su propio sendero, aunque yo tenga la obligación de revelarle lo que creo percibir.

-Tus enseñanzas le serán de mucha utilidad. Es bueno sentir el descanso de la autoridad protectora. Pronto echara de menos el tiempo en que vivir era un juego sin consecuencias.

-Mañana, si me es posible, le contaré esta misma historia. Pero como no estoy seguro del tiempo de que dispongo, te haré depositaria de la Gran Misión, para que tus hombros ayuden a soportarla. Desde que estoy aquí, he hablado con claridad y sin tapujos del cometido que traía. Sólo una cosa he ocultado. Hoy quiero transmitirlo a los dos ese secreto que todos mis estudios no han sido capaces de explicar. Mantenedlo guardado hasta que acertéis a esclarecerlo; ya sabéis que el misterio da poder.

Bédux entornó un momento los ojos y su boca se abrió para tratar de morder el aire que comenzaba a faltarle. Cora le acarició la frente y el contacto de su fría mano apaciguó la ansiosa respiración.

-Cártix, el Guardián de la Piedra -continuó el anciano, con una media sonrisa de agradecimiento- interpretó al fin que una gran invasión de los extranjeros estaba a punto

de producirse y que, aunque de momento no eran completamente hostiles a nuestros dioses y creencias, abrirían la puerta a una estrella a punto de nacer en Oriente, que se encargaría de aniquilar la vieja cultura por completo. Cuando empezaron las guerras, el Gran Druida dedicó todo su tiempo a buscar soluciones. Pasaba los días en el bosque y las noches junto a las tumbas, buscando sabiduría. Estudió augurios, hizo conjuros, se comunicó con los antepasados y con los seres del Otro Lado en demanda de ayuda. Todos fueron tajantes: Nada podría ya perturbar el tiempo y el espacio; sólo quedaba aceptar las circunstancias y adaptarse a ellas. Comprendió al fin cual era su misión. Siempre había sido el Guardián de la Piedra, ahora debería guardar también una cultura, una forma de ser, de estar y de entender el mundo.

Una de las jóvenes sacerdotisas de la Gran Madre, que se hallaban sentadas alrededor de la cámara, se levantó para acercar su medicina al anciano. Bebió éste sin rechistar, aunque no pudo evitar una ligera mueca ante el amargo sabor del preparado. Cora le enjugó los labios. Él se dejó hacer, paciente, con los ojos entornados. Luego, cuando la calma retorno a la estancia, siguió hablando más despacio y más bajo.

-Cártix percibió que debía encontrar las palabras que nombraran su misión para poder llegar a realizarla. Buscó la ayuda de los árboles, que le aceptaron, en su paciente interpretación del cosmos. Armonizó tanto con el bosque, que sus latidos iban al unísono y algunos de los que acudían cada amanecer, junto a la fuente, a llevarle algo de comida y ropa limpia, aseguraron ver sus metamorfosis en roble o roca. Se olvidó de regresar al templo. Sacó de la nada lo no declarado y le puso nombre. Creyó entender que había de llevar sus saberes al borde de una tierra que sería la úl-

tima conquistada, porque allí, en algún lugar, le indicarían un refugio para guardar toda una era. Y entonces se sintió enfermo y volvió. Me llamó a su lado, me informó de sus conclusiones y me ordenó partir con algunos jóvenes ya enseñados y los pocos niños recién admitidos en nuestra escuela.

* * *

Melisa entreabrió los ojos por enésima vez aquella noche, miró hacia la ventana y respiró; ya comenzaba a filtrarse la luz. Exploró mentalmente su cuerpo. Allí estaban las desagradables sensaciones de hacía seis largos años: El estómago revuelto, con la náusea trepando hasta la garganta, el mareo constante, el sudor, el frío, el corazón alterado, el ruido en la parte derecha de su cabeza, el abatimiento, la tristeza de sentirse débil, de no poseer el control ni siquiera de los propios miembros. Derrota, desinterés, vacío... El momento del despertar era especialmente difícil. Luego, a lo largo del día, a veces, los síntomas se suavizaban, aunque no siempre. Podían incluso empeorar y hacerle sufrir un vértigo.

Despacio, con miedo de provocarse la aniquiladora sensación, que la había convertido en un muñeco sin esperanzas, deslizó las piernas fuera de las sábanas. Esperó, respirando hondo, pero con mucho cuidado de expulsar todo el aire, no fuera a cargar demasiado el cerebro de oxígeno y entonces... Se puso en pie y se acercó al ventanal, levantó la persiana y miró, como cada amanecer, al fondo de la gran avenida. Muy lejos, el monte del antiguo dios parecía llamarla. Se quedó quieta, viendo elevarse el sol por detrás de la montaña. Le parecía tan afín, que podría dibujar cada uno de sus collados y vaguadas. No era capaz

de explicarse la extraña sensación que creía -últimamente no estaba segura de nada- experimentar, al alba, junto a aquellos cristales. Le resultaba difícil entenderlo porque luego, durante toda la jornada, lo único que hacía era soportar su lastimoso estado y la angustia de saber que nadie podía ayudarla desde fuera, junto con la seguridad de no poder hacerlo sola.

Viendo la belleza del momento, los ojos se le llenaron de lágrimas. Las dejó correr sin inmutarse; últimamente parecía ser su entretenimiento favorito. Se había preguntado muchas veces si debería prestar atención a aquella rara sensación y acercarse al monte. Quizá allí estuviera la puerta, o la llave, o lo que fuera, para volver, para poder ser de nuevo la Melisa que estudiaba, que amaba, que reía, que vivía... Pero no se atrevía a salir sola. El mareo, el vértigo, la debilidad... El miedo... El terrible y omnipresente miedo que había tomado las riendas de su existir, desde aquel otro amanecer en que comenzó a sentir el ruido... Luego vinieron los interminables chequeos, las inseguridades médicas... “No aparece nada en estas pruebas... Sólo una pequeña alteración que no tiene mayor importancia pero que podría... Pero no... Tal vez... Tranquilizantes... antidepresivos.” El olvido de vivir, el embotamiento de la conciencia, el lejano dolor de la impotencia, el mal constante.

* * *

El agotamiento hizo presa en el anciano quien, sin darse cuenta, fue vencido por el sueño que el brebaje había inducido. Cora se levantó despacio, cuchicheó unas órdenes a una de sus mujeres y dejó la estancia. Con paso seguro se dirigió a la salida. Alguien le colocó una capa sobre los hombros antes de que el intenso frío dañara su piel. Dio

unos pasos sobre la nieve, que penetró en sus delicadas sandalias, azuleándole los pies. Se detuvo bajo los primeros robles y, cerrando los ojos, respiró la nevisca arrastrada por el viento. Luego, levantó la cara hacia la luna, que la observaba silenciosa, y visualizó la muerte de Bédux. No trató de evitarla, sabía que era su momento de cambio y que nadie podía interferir, pero sí imaginó el tiempo que aún faltaba, e incluso el mismo instante, rodeados de una gran paz, de tranquila resignación, de alegría incluso, por saber que el viejo cuerpo, que tantos problemas había dado en las últimas lunas, iba a ser sustituido por otro joven y fuerte. No habría resistencia y, por tanto, tampoco dolor ni angustia. Vio el rostro plácido del druida, que acudía al Otro Lado con la satisfacción de una larga vida llena de realizaciones. El anciano sonreía. Todo era serenidad. Por un instante el secreto que le había transmitido en un susurro, cuando las jóvenes salieron a comer, quiso turbar su paz. Cora lo tomó y, ahondándolo más en el misterio, se hizo con su poder, para aplicarlo al acto de magia que realizaba. Tornó el sosiego y hasta el frío de la noche pareció amainar, dejando todo el protagonismo a la mujer y a la luna.

Los lobos se habían ido acercando, silentes. Rodeaban a la sacerdotisa que, con los brazos en alto, llamaba a la Gran Madre. Formaron un círculo casi perfecto, sentándose. Los ojos oblicuos, de mirada cazadora, contemplaban ahora el rito con mansedumbre. Cuando bajó los brazos y la cara, se acercaron despacio, hasta tocar con sus húmedas bocas, de alientos cálidos, las ropas ondeantes. Cora sonrió apenas y acarició alguna de las cabezas peludas. Se volvió hacia el templo y, seguida por los animales, buscó la entrada.

* * *